

928
R

F1231

.5
R3
A4



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

97981

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

97981

BIOGRAFÍA DE IGNACIO RAMÍREZ

HACER la biografía de un hombre como Ignacio Ramírez, es empresa muy árdua. Si yo me atrevo á acometerla, no es porque me sienta con fuerzas bastantes para salir airoso de ella, sino por afecto y por deber.

Por afecto, pues desde mi juventud, desde que tuve la dicha de ser discípulo de este grande hombre, desde que pude admirar sus talentos extraordinarios y sus virtudes públicas y privadas, nació en mi espíritu, juntamente con una admiracion sin límites, un afecto de veneracion y de cariño filial hácia él, que no se desmintió un momento durante su vida, que no ha hecho más que acrecentarse despues de su muerte; afecto fundado en la conviccion del mérito del que lo inspiraba, y que ha decidido quizás de mis creencias políticas, de mis ideas filosóficas, y sin duda alguna, de mis aficiones literarias. Ignacio Ramírez influyó en mi existencia de una manera radical, y yo lo consideré siempre,

Ramírez.—*

no como un amigo, lo cual habria establecido entre nosotros una especie de igualdad, sino como un padre, como un maestro, ante quien me sentia penetrado de profundo respeto y de sincera sumision.

El deber me obliga tambien á escribir este ensayo, pues creo, prescindiendo ya de afectos personales, que es un deber para todo mexicano patriota, y especialmente para los que profesamos el culto de la Libertad, y para los que cultivamos las letras, el de dar á conocer á la posteridad al varon insigne á cuyo genio y á cuyos trabajos deben tanto la República, la Libertad y la Reforma, y al profundo pensador á quien las ciencias y las bellas letras mexicanas deben tambien una de sus glorias más brillantes y más puras.

Este deber ha sido cumplido ya por aventajados escritores. El justo elogio de Ignacio Ramírez ha resonado en la tribuna y en la cátedra, y la imprenta lo ha eternizado en los anales históricos y en las biografías, fuera de que los numerosos discípulos del ilustre maestro, y el pueblo agradecido, lo encomiendan á las alas de la tradicion, para que el agradecimiento nacional lo trasmita hasta las más remotas generaciones.

Pero este elogio y estos bosquejos biográficos han sido, por su naturaleza, compendiosos y breves. Era necesario conocer la vida del hombre de un modo más extenso y detallado; era preciso considerar sus trabajos políticos, científicos y literarios en toda su magnitud y variedad, y eso, tal vez, no podia hacerse, sino cuando se publicaran sus obras reunidas, como hoy, en que, gracias á una noble y generosa disposicion de la

Secretaría de Fomento, salen á luz en dos volúmenes, no completas, pero sí escogidas y en su mayor parte.

Tamaña tarea me estaba, pues, reservada á mí, que afortunadamente conocia todos los detalles de la vida de Ramírez, tan fecunda en sucesos importantes, tan unida á los cataclismos políticos que han cambiado la faz de la nacion mexicana, tan interesante para la historia y para la literatura pátrias.

No me oculto, sin embargo, las enormes dificultades que encierra semejante estudio. Ramírez fué un precursor de la Reforma; fué un luchador constante, audaz y valeroso; fué un enemigo implacable de toda tiranía; fué *el sublime destructor del pasado y el obrero de la Revolucion*, como decia Justo Sierra en la admirable poesía que pronunció en los funerales del eminente republicano. Teniendo que combatir contra poderosos y enconados enemigos desde su juventud, tanto en la prensa como en el terreno revolucionario; sufriendo numerosas persecuciones; muchas veces preso, otras al pié del cadalso; casi siempre proscrito, pero jamas desalentado ni vencido; patriota sin mancha, liberal desinteresado, gobernante probo y rectísimo, Ramírez en esta larga serie de luchas y de conflictos que se sucedieron en su existencia azarosa, sin interrupcion, necesitó atacar instituciones inveteradas, sistemas reputados inviolables, teorías que eran credos religiosos; hirió infinitas vanidades, y aun tuvo que desafiar, como Ajax, hasta á potestades que se creen divinas, y cuyo rencor se acrecienta en la derrota.

Eso en política; en el campo de la ciencia y de las

bellas letras, ejerciendo una crítica severa y saludable, defendiendo nuevas teorías, abriendo á la juventud los caminos de la ciencia moderna, ántes cerrados por la preocupacion ó por la ignorancia; predicando siempre el progreso en todos sentidos, aniquilando con sus inmortales sarcasmos todo lo que era falso, todo lo que era innoble; Ramírez, á quien se ha llamado, con justicia, el Voltaire de México, también se concitó, como era natural, numerosos enemigos, muchos de los cuales aún viven, con sus heridas sangrando todavía, porque los dardos que lanzaba el reformador mexicano causaban heridas mortales, como las flechas del héroe antiguo.

Así es que no ha llegado para Ramírez la hora de la completa y serena justicia, y el biógrafo contemporáneo ó se ve obligado á detenerse en ciertos límites, ó corre el riesgo de lastimar algunas susceptibilidades. No hay remedio; un escrito como éste es todavía una obra de combate, y sobre la tumba del eminente pensador aún pueden escucharse los rumores tumultuosos que levantan el odio y el despecho, mezclados á las aclamaciones y á los himnos del entusiasmo y de la admiracion; tal es la gloria!

II

Para hacerme fácil este trabajo biográfico, me propongo abandonar el camino trillado, y seguir otro que me ofrece las ventajas de la sencillez familiar, para la

narracion, y del orden cronológico para los sucesos. De este modo los lectores, identificándose con el narrador, podrán conocer al hombre en el desarrollo de su pensamiento y de su accion, y en las interesantes peripecias de su existencia social y moral.

Yo conocí á Ignacio Ramírez en el Instituto Literario de Toluca, el año de 1850. En ese establecimiento estudiaba yo entónces segundo año de Latinidad, y él acababa de ser nombrado catedrático de primero y tercer años de Jurisprudencia.

Yo, muy jóven, pues apenas tenía quince años, y acabando de llegar del Sur, comprendiendo con trabajo la lengua española, y casi incomunicado por mi timidez rústica y semi-salvaje, tenía poquísimo conocimiento acerca de los hombres y de los sucesos de México. Es verdad que tres años ántes habian llegado hasta mis montañas los rumores siniestros de la guerra de invasion norte-americana, y habia visto pasar por mi pueblo á los soldados que volvian fugitivos ó dispersos de la campaña. Es verdad que los valientes voluntarios de Tixtla y de Chilpancingo, que habian combatido con honor, aunque con desgracia, en el Valle de México, y entre los cuales tenía yo no pocos parientes, habian regresado, contando con abatimiento los tristes sucesos de la guerra, y que en mi humilde casa habia escuchado á mi padre, casi ciego, alguna conversacion política tenida con sus amigos. Pero todo eso era vago y confuso entónces para mí, y las ocupaciones de la escuela y los entretenimientos de la niñez, pronto venian á borrar tales impresiones.

Después, en 1849, ya restablecida la paz, una ley benéfica del Estado de México, al que pertenecía entonces la comarca en que nací, me sacó de ella, designado para venir á estudiar en el Instituto Literario de Toluca. Yo comprendí claramente que aquel cambio en mi vida era un gran bien para mí, y naturalmente, lleno de gratitud, me propuse indagar quién era el autor principal de aquella ley, merced á la cual se me abría el camino de la instruccion. Aquella ley no sólo me habia favorecido á mí, sino tambien á otros muchos jóvenes indígenas del Estado de México, pobrísimos como yo, y como yo condenados seguramente, si tal disposicion no hubiera venido á salvarnos, á arrastrar una vida de ignorancia y de miseria.

Pero en los meses de la segunda mitad del año de 49, nada hice para averiguar lo que deseaba, y además mis condiscípulos, tan tímidos y tan ignorantes como yo, no habrian podido quizás sacarme de dudas. En Enero de 1850 se abrieron las cátedras, como se decia entonces, y se presentó un nuevo catedrático, que llamó fuertemente la atencion de todos y causó una sensacion de curiosidad difícil de describir. Seguramente era conocido ya de los alumnos grandes; en cuanto á los chicos, no sabian quién era, y trataban de averiguarlo acercándose á los grupos que formaban aquellos, en torno de los prefectos ó de los catedráticos que iban saliendo de sus cátedras respectivas. Estos prefectos y catedráticos eran gregorianos en su mayor parte, es decir, antiguos alumnos del famoso Colegio de San Gregorio de México, entonces todavía existente.

Debian conocer al nuevo profesor, porque hablaban de él con extraña animacion, encomiando sus grandes talentos, su profunda sabiduría y su exaltado liberalismo, que le habian valido ya una fama envidiable.

Aquel personaje era, pues, Ignacio Ramírez.

El mismo Director del Instituto, Sánchez Solís, saliendo de la sala rectoral, vino, momentos después, á unirse á los catedráticos y alumnos, que lo recibieron, como siempre, con respetuoso silencio, aumentándose la curiosidad de todos cuando le oyeron decir que venia á esperar que Ramírez saliese de su cátedra para tener el honor de saludarlo. Y es, que Ramírez habia venido á dar su clase sin ser advertido y sin ser presentado á sus discípulos.

Así es que prefectos, catedráticos, alumnos grandes y pequeños, con el Director á la cabeza, esperaban al hombre ilustre, formando en los corredores una muchedumbre atenta y respetuosa, y los que no lo conociamos estábamos impacientes por verlo.

Al fin, apareció rodeado de sus discípulos, entre los que veiamos á Joaquin Alcalde, á Gómez Eguiarte, á Luis Gómez Pérez, á Eloi Martínez, que después han sido notables abogados y hombres públicos, y que entonces estudiaban Jurisprudencia en el Instituto Literario de Toluca.

Ramírez en 1850 era un joven de treinta y dos años de edad, pero su cuerpo delgado y de talla más que mediana, se encorvaba ya como el de un anciano. Su semblante moreno, pálido y de facciones regulares, tenia la gravedad melancólica que es como característica

de la raza indígena; pero sus ojos, que parecían de topacio, deslumbraban por el brillo de las pupilas; la nariz aguileña y ligeramente deprimida en el extremo, denunciaba una gran energía, y los labios sombreados por un escaso bigote, se contraían en una leve sonrisa irónica.

Era una de esas fisonomías que vistas una vez no se olvidan nunca, y que dejan una impresión en que se mezclan á la par la sorpresa, el temor ó la simpatía; fisonomías de profeta, de apóstol, de tribuno, con rasgos extraordinarios, y que decididamente no pertenecen al género vulgar.

Ramírez, contra lo que se usaba entonces, llevaba los cabellos cortos, de modo que con su semblante bronceado, y envuelto como estaba el busto en una ancha capa de paño verde oscuro, parecía una estatua clásica, animada, allí, en medio de nosotros.

El Director Sánchez Solís se acercó á él lleno de atención; otro tanto hicieron los profesores y algunos alumnos. Háblóles él con afabilidad y dulzura un momento, después de lo cual se despidió, acompañado del mismo Director y de dos ó tres más. Como era natural, la conversacion de todos no tuvo otro objeto que hablar de Ramírez. Joaquin Alcalde y sus compañeros juristas elogiaban con asombro la introduccion del curso escolar que habia hecho su maestro, y que sentían no poder repetir en toda su belleza. Por último, habiendo preguntado los alumnos foráneos á uno de los prefectos quién era ese hombre singular, á la sazón que pasaba el Director, éste dijo al interpelado:

—Puede vd. manifestar á los alumnos quién es el Sr. Ramírez, y cuál es el beneficio que le deben.)

III

Supimos entonces lo que después tuve yo oportunidad de confirmar con datos seguros, esto es, que Ignacio Ramírez era nativo del pueblo de San Miguel el Grande, en el Estado de Guanajuato (hoy San Miguel de Allende), en donde vió la luz en 1818 (el 22 de Junio).

Los padres de Ramírez fueron D. Lino Ramírez y D^a Sinfrosa Calzada, ambos queretanos y de raza mestiza, y no indígenas puros como han dicho algunos de sus biógrafos. Sin embargo, la verdad es que predominaba en ellos el tipo indio.

D. Lino Ramírez era un patriota muy ameritado y liberal firmísimo y valeroso, afiliado en el partido federalista desde que éste se formó para sostener la Constitución de 1824 y las ideas más avanzadas en la República. Merced al prestigio de que gozaba en Querétaro, fué nombrado vice-gobernador de ese Estado á la caída de Bustamante, y desempeñó el gobierno, secundando allí con empeño y eficacia los principios dominantes en la administración presidida por D. Valentin Gómez Farías, ejecutando las atrevidas leyes emanadas del Congreso de 1833, que pueden llamarse las primeras leyes de Reforma; luchando contra el clero poderosísimo todavía, y dominando enérgicamente